

1

Kino se levantó antes del amanecer. Las estrellas aún brillaban y el día había dibujado apenas un pálido bosquejo de luz en la parte baja del cielo, en dirección al este. Los gallos habían estado cantando desde hacia rato, y los primeros cerdos ya

shone

barely

sketch

haber imp.

a long time

tossing sawdust
habían comenzado su incesante voltear de ramitas y aserrín
para ver si había algo de comer que hubiese pasado inadvertido. Afuera de la choza, en el montón de atún, una bandada hut flock
twittered de pajaritos gorjeaba y agitaba sus alas.

Los ojos de Kino se abrieron, y lo primero que vio fue el hanging
rectángulo de luz que era la puerta y luego vio la caja colgante donde Coyotito dormía. Y por último se volvió hacia Juana, su lying mat of palm shawl
esposa, que estaba recostada a su lado en el petate, su chal de breast
color azul sobre su nariz y sus pechos y alrededor de la parte baja de su espalda. Los ojos de Juana también se abrieron.

Kino no podía recordar haberlos visto cerrados cuando was waking
despertaba. Sus ojos oscuros eran la imagen reflejada de pequeñas estrellas. Ella lo estaba mirando como siempre lo hacía cuando despertaba.

Kino escuchó el pequeño tumbo de las olas de la mañana

en la playa. Eso era bueno: Kino cerró los ojos de nueva cuenta
Perhaps para escuchar la música. Tal vez fuese sólo su costumbre o tal
vez la de todo su pueblo. Su pueblo había sido un gran hace-
dor de canciones, de modo que todo lo que él veía o pensaba
o hacía o escuchaba se convertía en una canción. Eso fue
a long time ago hace mucho. Las canciones quedaban; Kino las conocía, pero
added ninguna nueva canción se añadió al repertorio tradicional.
Eso no quería decir que no hubiera canciones personales. En
la cabeza de Kino había una canción ahora, clara y suave, y si
él hubiera podido hablar de ella, la hubiera llamado la Canción
de la Familia.

shawl Su manta estaba sobre su nariz para protegerlo del aire
reacted creaking húmedo. Sus ojos reaccionaron de pronto a un crujido que
escuchó a su lado. Era Juana que se levantaba, casi sin hacer
ruido. Ya de pie sobre sus pies descalzos fue a la caja colgante
already barefoot

whispered
donde Coyotito dormía, y se inclinó sobre él y susurró una palabra de cariño. Coyotito abrió los ojos por un momento y los cerró para seguir durmiendo.

Juana fue al hogar donde se encendía el fuego, destapó un charcoal had been burned uncovered carbón y lo abanicó hasta encenderlo, al mismo tiempo que fanned
was chopping trozaba unas ramitas encima de él.

rolled up all around
Entonces Kino se levantó y enrolló su manta alrededor de su cabeza, nariz y hombros. Se calzó sus sandalias y salió para mirar el amanecer.

squatted down frame pulled together
Se acuclilló fuera del marco de la puerta y juntó los extre- knees
tmos de su manta alrededor de sus rodillas. Vio los puntitos shimmering
de las nubes del Golfo reverberar alto en el aire. Y una cabra se snuffed
acercó y lo olfateó y lo vio con unos ojos de un amarillo frío. it was going on fire
Detrás suyo el fuego de Juana se tornaba en llamas y arrojaba lanzas de luz entre las junturas de las paredes de la choza, y

flickering
proyectaba un parpadeante cuadro de luz afuera de la puerta.
moth fluttered
Una palomilla nocturna revoloteaba en busca del fuego. La
from behind
Canción de la Familia vino entonces desde atrás de Kino. Y
el ritmo de la canción de la familia era la piedra donde Juana
ground
molía el maíz para las tortillas de la mañana.
dawn burst

El alba irrumpió entonces, una oleada, un resplandor, una
luminosidad y después una explosión de fuego tan grande
como el sol se elevó del Golfo. Kino bajó la vista para prote-
ger sus ojos del resplandor. Podía escuchar la crepitación de
sizzling
las tortillas en la casa y su delicioso aroma en el comal. Las
hormigas estaban ocupadas en el suelo, grandes hormigas
negras con cuerpos brillantes y hormigas pequeñas y veloces.
disdain
Kino contemplaba con el desdén de una deidad, cuando una
hormiga pequeña trataba desesperadamente de escapar de
trap
una trampa de arena que una hormiga león había cavado
dug

para atraparla. Un perro famélico y tímido se acercó y, a una palabra cariñosa de Kino, turned around se enroscó, puso la cola entre sus patas y acomodó placed su barbilla delicadamente sobre el chin montón de atún. Era un perro negro con puntos de un amarillo dorado donde tendrían que haber estado las cejas. Era una mañana como cualquier otra y sin embargo era una mañana perfecta.

Kino escuchó el crujido de la cuerda cuando Juana sacó a Coyotito de su caja colgante wrapped up y lo limpió y lo arropó en su chal, knot con un nudo que lo acercó a su pecho. Kino podía ver estas cosas sin mirarlas. Juana cantó con suavidad una vieja canción que sólo tenía tres notas y no obstante una gran variedad de intervalos. Y esto también era parte de la canción de la familia. Todo era parte. A veces se elevaba hasta alcanzar un acorde doliente que crispaba la garganta, al tiempo que decía esto es seguro, esto es cálido, esto es el *Todo*.

bushes

Más allá de la cerca de arbustos había otras chozas, y el smoke came from humo provenía también de ellas, y el sonido del desayuno, pero esas eran otras canciones, sus cerdos eran otros cerdos, sus esposas no eran Juana. Kino era joven y fuerte y su cabello negro le colgaba sobre su frente morena. Sus ojos eran cálidos, feroces y brillantes y su bigote era ralo y tosco. Retiró la manta de su nariz, porque el aire oscuro y tóxico se había disipado, y la luz amarilla del sol caía sobre la casa. A un lado de la cerca de arbustos dos gallos tenían la cabeza gacha y se amenazaban uno a otro con las alas enarcadas y las plumas del cuello encrespadas. Hubiera sido una pelea extraña. No eran pollos de caza. Kino los vio por un momento, y sus ojos se fijaron en una parvada de palomas salvajes que revoloteaban tierra adentro en dirección a las colinas. El mundo ya estaba awake despierto, y Kino se levantó y regresó a su choza.

Al verlo franquear la puerta, Juana se levantó del fogón resplandeciente. Puso de nuevo a Coyotito en su caja colgante, después se cepilló su cabello negro y se hizo dos trenzas, cuyas puntas sujetó con un listoncito verde. Kino se acuclilló cerca del fogón, enrolló una tortilla caliente, la mojó en un poco de salsa y se la comió. Bebió un poco de pulque y en eso consistió su desayuno. Ese era el único desayuno que había conocido siempre de no ser por los días de fiesta, y de una fiesta increíble con galletas que por poco lo matan. Cuando Kino terminó, Juana regresó al fuego y tomó su desayuno. Habían hablado entre ellos alguna vez, pero no hay necesidad de hablar si de todas formas hablar no es más que algo convenido. Kino suspiró satisfecho —y eso era conversación suficiente—.

El sol estaba calentando la choza, penetrando entre sus

junturas y proyectando largas líneas. Y una de estas líneas cayó en la caja donde Coyotito dormía, y en las cuerdas que la sostenían.

Fue un movimiento apenas perceptible lo que llevó su vista a la caja colgante. Kino y Juana se congelaron en sus posiciones. Un alacrán descendía lentamente por la cuerda que sostenía la caja del bebé de una argolla en el techo. El aguijón de la cola del arácnido se encontraba justo detrás, pero podía chicotearlo como un látigo en un abrir y cerrar de ojos.

La respiración de Kino silbaba por las aletas de su nariz y abrió la boca para detenerla. Y en ese instante, la mirada atónita y la rigidez de su cuerpo lo abandonaron. A su mente había acudido una nueva canción, la Canción del mal, la música del enemigo, la música de cualquier calamidad que se cerniera sobre la familia, una melodía salvaje, secreta, peli-

grosa, y debajo, la Canción de la Familia plaña amargamente.

El alacrán bajó delicadamente por la cuerda hacia la caja. Entre murmullos, Juana repitió un hechizo antiguo para conjurar el mal, y en seguida susurró un Ave María entre sus dientes apretados. Pero Kino estaba en movimiento. Su cuerpo se desplazaba a través de la habitación, sin ruido y con suavidad. Sus manos estaban frente a él, las palmas hacia abajo, y sus ojos estaban fijos en el alacrán. Bajo su amenaza, en su caja colgante, Coyotito reía y estiraba su mano para agarrarlo. El alacrán sintió el peligro cuando Kino estaba a punto de alcanzarlo. El arácnido se detuvo y su cola se irguió sobre su lomo en pequeños espasmos, y el aguijón curvo en el extremo de su cola brilló.

Kino se quedó quieto. Pudo escuchar a Juana susurrar el viejo conjuro una vez más, y pudo escuchar la música maligna

del enemigo. No pudo moverse hasta que el alacrán se movió, y tanteó el origen del mal que se estaba aproximando en esa forma. La mano de Kino fue hacia delante muy lentamente, muy suavemente. El aguijón de la cola se tensó en lo alto. Y en ese momento la risa de Coyotito agitó la cuerda y el escorpión cayó.

La mano de Kino reaccionó para atraparlo, pero el alacrán resbaló entre sus dedos, cayó en el hombro del bebé, aterrizó y encajó su punzón. Entonces, con los dientes chirriantes, Kino lo sujetó con sus dedos, estrujándolo con ambas manos. Lo tiró y lo golpeó en el suelo de tierra con su puño, y Coyotito gritó de dolor en su caja. Pero Kino golpeó y pisoteó al enemigo hasta que este fue apenas un fragmento y una mancha de humedad en la mugre. Sus dientes estaban pelados y la furia refulgía en sus ojos y la Canción del enemigo aullaba en

sus oídos.

Pero Juana tenía al bebé en sus brazos. Descubrió la picadura, que era de un color rojizo y ya había comenzado a expandirse. Puso sus labios sobre la punzada, succionó fuerte y escupió y succionó de nuevo al tiempo que Coyotito gritaba.

Kino daba vueltas alrededor; estaba indefenso, no sabía qué hacer.

Los gritos del bebé atrajeron a los vecinos. Estos salieron de sus chozas en racimos —el hermano de Kino, Juan Tomás, y su gorda esposa Apolonia y sus cuatro hijos se agolparon en la puerta y bloquearon la entrada, mientras que detrás de ellos otros trataron de ver lo que estaba pasando dentro, y un niño pequeño pasó la voz a los que se encontraban detrás—: “Alacrán. Picó al niño”.

Juana dejó de succionar la picadura por un momento. El

la fatiga y el hambre casi mejor que el propio Kino. En la canoa era como un hombre fuerte. Y ahora hizo una cosa que sorprendió a todos.

—El doctor —dijo—. Vayan por él.

La palabra circuló entre los vecinos que estaban muy juntos en el patiecito detrás de la cerca de arbustos. Y se decían entre sí: “Juana quiere al doctor”. Una cosa maravillosa, memorable, querer al doctor. Traerlo sería algo fuera de lo común. El doctor nunca venía al vecindario de las chozas. No tendría para qué, cuando tenía suficiente con atender a la gente rica que vivía en las casas de piedra y yeso del pueblo.

—No vendrá —dijeron los que estaban en el patio.

—No vendrá —dijeron los que estaban en la puerta, y Kino se convenció de ello.

—El doctor no vendrá —Kino le dijo a Juana.

Ella lo vio, sus ojos tan fríos como los ojos de una leona. Este era el primer bebé de Juana —era casi todo lo que Juana tenía en el mundo—. Y Kino vio su determinación y la música de la familia sonó en su cabeza con un tono de acero.

—Entonces iremos a donde está él —dijo Juana y con una mano se arregló el chal azul oscuro sobre la cabeza e hizo con un extremo un cabestrillo para sostener al bebé herido e hizo con el otro una sombra para sus ojos para protegerlo de la luz. La gente que estaba en la puerta empujó a los que estaban detrás para abrirlle paso. Kino la siguió. Salieron por la puerta hacia el sendero y los vecinos los siguieron.

Lo acontecido se volvió un asunto comunitario. Los vecinos conformaron una rápida procesión hacia el centro del pueblo, primero Juana y Kino, y detrás de ellos Juan Tomás y Apolonia, su gran estómago bamboleándose a un paso extenuante

para ella, luego los demás vecinos con los niños trotando a los costados. Y el sol amarillo proyectaba sus sombras negras delante de ellos, de modo que caminaban en sus propias sombras.

Llegaron al punto en que las chozas terminaban y la ciudad de piedra y yeso comenzaba, la ciudad de bardas poco amigables y bonitos jardines interiores, donde el agua retozaba y las buganvillas cubrían las paredes de púrpura, rojo y verde. De los jardines bardeados oyeron venir el canto de los pájaros en sus jaulas, y el golpe del agua fresca en las baldosas calientes. La procesión cruzó la plaza desierta y pasó enfrente de la iglesia. El contingente había crecido y en las inmediaciones los apurados nuevos integrantes eran informados con amabilidad de cómo el bebé había sido picado por un alacrán y de cómo sus padres lo llevaban con el médico.

Y los nuevos integrantes, en particular los pedigüeños que estaban apostados en la fachada de la iglesia, esos grandes expertos en análisis financiero, echaron un rápido vistazo a la vieja falda azul de Juana, vieron las lágrimas en su chal, valoraron el listón verde de sus trenzas, leyeron la edad de la manta de Kino y los cientos de lavadas de sus ropas y los catalogaron como gente pobre; y se unieron a la procesión para ser testigos del drama que estaba a punto de llevarse a cabo. Los cuatro mendigos de la fachada de la iglesia sabían todo lo que ocurría en el pueblo. Eran estudiosos de las expresiones de las mujeres jóvenes cuando iban a confesarse, las veían al salir y leían la naturaleza de sus pecados. Estaban enterados del más pequeño escándalo y de los crímenes más grandes. Dormían en sus puestos a la sombra de la iglesia, por lo que no había alma que se deslizara dentro en busca de consuelo sin

que ellos lo supieran. Y ellos sabían cómo era el doctor. Sabían de su ignorancia, su crueldad, su avaricia, sus apetitos, sus pecados. Sabían de sus burdos abortos y los insignificantes centavos de cobre que daba de vez en cuando a los necesitados. Habían visto los cadáveres entrar en la iglesia. Y, como la misa había terminado y los negocios iban lentos, se unieron a la procesión, estos incansables buscadores del conocimiento perfecto de sus prójimos, para ver lo que el médico gordo y haragán haría respecto del bebé indígena con una picadura de escorpión.

La agitada procesión llegó por fin al portón del muro que daba acceso a la casa del médico. A través del muro, podían escuchar la caída del agua y el canto de los pájaros enjaulados y el barrer de las largas escobas en las baldosas. Y podían oler el delicioso tocino que estaba friéndose en la casa del doctor.

Kino dudó un momento. Este médico no era de los suyos. Este médico pertenecía a una raza que por cerca de cuatrocientos años había golpeado y matado de hambre y robado y despreciado a la raza de Kino, y la había atemorizado también, de modo que los indígenas llegaron con humildad a la puerta. Y como siempre cuando se acercaba a alguien de esta raza, Kino se sintió débil y temeroso, y al mismo tiempo enojado. La rabia y el miedo iban de la mano. Podría matar al doctor más fácilmente de lo que podría hablar con él, porque todos los de la raza del doctor les hablaban a los de la raza de Kino como si no fueran más que animales. Y conforme Kino levantaba su mano derecha hacia la aldaba de hierro de la puerta, la rabia se apoderaba de él, y la música batiente del enemigo resonaba en sus oídos, y sus labios se apretaron fuerte entre sus dientes —pero con su mano izquierda alcanzó su sombrero para

quitárselo—. El aldabón de hierro resonó contra la puerta. Kino se quitó el sombrero y esperó de pie. Coyotito se quejaba muy quedo en los brazos de Juana, y ella le hablaba con cariño. La procesión se acercó lo más que pudo para ver y escuchar mejor.

Después de unos momentos el portón se abrió unos cuantos centímetros. Kino pudo ver el verdor fresco del jardín y los chorritos de la fuente a través de la abertura. El hombre que salió a abrirle la puerta era uno de su propia raza. Kino le habló en la lengua de antaño.

—El pequeño (el primogénito) fue picado por un alacrán —dijo Kino—. Requiere la atención del sanador.

La puerta se cerró un poco, y el sirviente se negó a hablar en la lengua de antaño.

—Un momento —dijo—. Tengo que informarme —y cerró

el portón y puso la tranca. El sol resplandeciente proyectó la multitud de sombras de la gente contra la pared blanca.

En su recámara, el doctor se irguió en la cabecera de su cama. Llevaba puesto un camisón de seda roja vaporosa que había traído de París, un poco ajustado sobre su pecho si se cazaba los botones. En su regazo había una charola de plata con una chocolatera de plata y una copita de porcelana china, tan delicada que se veía ridículo cuando la levantaba con su mano enorme, la levantaba con las puntas de su pulgar y su dedo índice y alargaba los otros tres dedos para que no le estorbaran. Sus ojos reposaban en hamacas acolchadas de carne y su boca hizo una mueca de disgusto. Se estaba poniendo muy terco con los años, y su voz se volvía aguardentosa con la grasa que presionaba su garganta. En una mesa de al lado había un pequeño gong oriental y un cuenco con cigarros. Los

muebles de la habitación eran pesados, oscuros y melancólicos. Los cuadros eran religiosos, incluso la enorme fotografía entintada de su difunta esposa, quien, si las misas que constaban su testamento y que fueron pagadas de su propio dinero habían surtido el efecto deseado, estaba en el cielo. El doctor había sido durante un tiempo parte del gran mundo, y toda su vida posterior era un recuerdo y una añoranza de Francia. “Eso”, decía, “era vida civilizada”, con lo cual quería decir que con un pequeño ingreso había podido mantener a una amante y comer en restaurantes. Vació su segunda copa de chocolate y deshizo un panecillo con sus dedos. El mismo sirviente del portón principal se detuvo en la puerta entreabierta y esperó a que lo notaran.

—¿Sí? —preguntó el doctor.

—Es un indito con un bebé. Dice que un escorpión lo picó.

El doctor bajó su copa con delicadeza antes de montar en cólera.

—¿No tengo nada mejor que hacer que curar las picaduras de un insecto para los “inditos”? Soy un doctor, no un veterinario.

—¿Tiene dinero? —preguntó el doctor—. No, ellos nunca tienen dinero. Yo, solo yo en este mundo tengo que trabajar por nada, y ya estoy cansado de eso. ¡Ve a ver si tiene dinero!

De regreso en la entrada principal, el sirviente abrió la puerta un poco y vio a la gente que aguardaba afuera. Y esta vez habló en la lengua de antaño.

—¿Tiene dinero para pagar el remedio?

Kino alcanzó un lugar secreto bajo su manta. Sacó un papel doblado varias veces. Lo deshizo doblez tras doblez, hasta que por fin salieron a la vista ocho pequeñas e informes semillas

de perla, tan feas y grises como pequeñas úlceras, aplanadas y casi sin valor. El sirviente tomó el papel y de nuevo cerró el portón, pero esta vez no se fue por mucho tiempo. Abrió la puerta lo suficiente para pasar el papel.

—El doctor no está —dijo—. Lo llamaron para que atendiera un caso grave. —Y cerró la puerta de inmediato sin remordimiento alguno.

Y entonces una ola de pesar abatió a la procesión entera. Se dispersaron. Los mendigos volvieron a los escalones de la iglesia, los curiosos se marcharon y los vecinos desaparecieron para no ser testigos de la vergüenza pública de Kino.

Durante un buen rato Kino estuvo de pie frente a la puerta, con Juana a su lado. Con lentitud se caló el sombrero de suplicante. Entonces, sin advertencia alguna, golpeó fuertemente la puerta con su puño. Miró con asombro sus nudillos pelados

y la sangre que manaba de sus dedos.